

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CENTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles  
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales  
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias  
tendrán censuras diarias

Á CORRESPONSALES Y VENDEDORES  
25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN  
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones  
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías  
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño  
todo enemigo pequeño.

Á CORRESPONSALES Y VENDEDORES  
25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CENTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50
	» año..... 10

FUNDADOR  
**EDUARDO SOJO**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas
	» semestre..... 6
	» año..... 12

## EL COCO

—Tenemos un miedo mayúsculo. No es posible que con tal medrona pueda uno dormir; llega á faltar el apetito, ese espoleo del estómago, esa picazón excitante que por tanto tiempo hemos venido padeciendo los exgobernadores. Muchos famélicos, amigos y compañeros míos, se habrán ido muy gozosos á regir insulas, y en ellas se ven, sobre poco más ó menos, como vióse este pecador en el de la Barataria; privado de sosiego y de alimento...; pero algunos hasta se les ha extinguido «la bulincia congénita». Ya ve vuesa merced que sé hablar en sabio; es hambre canina de nacimiento, propia enfermedad de todo buen fusionista.

—Pues ¿qué ocurre, Sancho?

—Qué ocurre no me pregunte vuesa merced, porque nada ocurre...

—Entonces, ¿por qué ese malestar y ese descontento entre los tales gobernadores repuestos?

—No sólo entre los gobernadores, sino que también alcanza el mal á los empingorotados directores, subsecretarios, ministros, y ainda más, ainda más: que el canguelo ha subido muy á todo lo alto.

—Pero ¿por qué? Habla y no machaques más con preámbulos y embozados prefacios.

—¿Por qué? Pues porque no sabemos dónde desembarcará el general Weyler.

—Desembarque donde tuviere á bien desembarcar, ¿qué espanto puede infundir un solo hombre, y menos todavía un forzoso dimisionario?

—Pues ahí verá vuesa merced; ponga vuesa merced que viene el coco... No sabemos si entrará por Santander, si por la Coruña, si por Cádiz, si por el puerto de Guadarrama.

—¡Hombre, no digas desatinos; el puerto de Guadarrama no es puerto de mar!

—Bueno, pues no importa; si no se toman precauciones, puede que el barco que trae á Weyler venga á aparecer ahí, en Guadarrama. Ello es que tenemos las manifestaciones populares en favor de Weyler... y tememos, ¿qué dirá vuesa merced que tememos aún más?

—Yo que sé, hombre de Dios; si no estoy en vuestros secretos políticos.

—Pues tenemos las contramanifestaciones; lo que es éstas nos llenan de espanto. Ya ve vuesa merced que en ello no andamos descaminados, porque lo que yo y D. Práxedes nos decimos: somos tan queridos por el pueblo; está la nación tan gozosa con ese D. Pío Gullón que la hemos dado y con ese tarambana de Moret que la hemos regalado y... en fin, con todos nosotros, que puede que por mostrarnos su afecto armen las gentes tal ruido y den tales silbas al general, que ni nuestra natural modestia puede resignarse á recibir semejantes pruebas de cariño, ni es cosa de que permitamos que maltraten y deshagan á Weyler.

—¿Es decir que en esas temibles contramanifestaciones tenéis la misma culpa que la que os cupo en aquella famosísima silba que se dió en Madrid, en tiempos fusionísticos, á un célebre personaje conservador? Ya sabes á lo que me refiero y de qué tiempo hablo... Recordarás...

—Sí, aquel reparto de silbatos á los empleados de los ministerios... ¡Calumnias! Ni lo que entonces se dijo fué cierto, ni tiene asomo de verdadero lo que ahora sospecha la refinada malicia de los que tal dicen, y no hablo de vuesa merced que tan sólo habla de oídas.

—Claro que de oídas, ó por haber oído aquella estrepitosa silba hablo... Pienso que hasta los serenos fueron obligados á utilizar sus pitos de alarma.

—Repito que la silba fué cierta; es decir, que ocurrió; pero niego que Moret y Aguilera, con su Ariño portacola y toda la sarta, que empieza en D. Segis y acaba en Moncada, tuvieran arte ni parte en la silba... Ahora, ahora nuestro temor es muy fundado. Gobernadores costeros han ido y venido lo menos diez ó doce veces desde sus Baratarias á Madrid.

—¿Y á qué tantas idas y venidas?

—Pues voy á decírselo á vuesa merced. Supóngase vuesa merced que estamos en el despacho de Capdepón ó en el del lindo D. Segis, que también á éste acuden, y entra el gobernador de Santander ó de otro puerto... peligroso.

—Señor ministro...

—Bien venido, Fulano, ¿qué tal le va?

—Vengo muy temeroso...

—Teme usted que haya alguna manifestación en contra del general Weyler, ¿eh?

—¡Ah... no, manifestación no habrá; nadie piensa en eso...

—Entonces, ¿qué teme usted?

—Pues una contramanifestación.

—Hombre, hombre... Claro es que esto es de temer, sí, señor; sí, señor.

—Pero Sancho, no disparates; si no hay manifestación en pro, como se justifica el temor de que la haya en contra. Es, como si dijeras, temo que me devuelvan á Zutano una bofetada... si el Zutano se estuvo quieto y no abofeteó á nadie... nadie tendrá cosa alguna que devolverle.

—Pues ahí verá usted lo que es la política y lo difícil que ella es de entender; acá poco se nos da de que preparen manifestaciones á favor de Weyler... ¿y qué?

—Cómo ¿y qué? ¡Me gusta la frescura! No comprendes que tú has separado del mando es una censura contra tí... y ya harás cuanto esté de tu parte para evitarla, y si no pudieras, para borrarla ó contrastarla con otra en tu provecho y alabanza.

—Vaya, veo que vuesa merced no ha nacido para estos oficios políticos, ni entiendo de arte político, ni pienso yo entenderá jamás.

—¡Ah, Sancho, Sancho! No es eso... es que te cuento las verdades, ya lo sabes; te pongo las cosas claritas... Quiero decir, que lo que hacéis, ó hace el Gobierno, ó, por lo menos, parece que lo hace, es salir diciendo por ahí... se desea que todos los alborotadores, bullangueros y gente de ruido armen una en mi favor... en tal día, á tal hora, «Bullicio libre.» Se suplica el pito.

—Si es que los republicanos...

—Deja en paz á los republicanos, que están dormidos...

—Y los socialistas.

—¡Los socialistas! No me hagas hablar, Sancho, de algunos llamados socialistas. Si supieras la historia de

las revoluciones democrático-republicanas de este siglo, no ignorarías que con capa de socialistas ha habido muchos agentes encargados de entretener al pueblo... y de hacer odiar ¡la República!

—Pero señor...

—No hay perito ni manzana... ¡Zopenco! Hay que aquí pasa por genio militar un gacetillero cualquiera; hay que sin examen ni juicio se lanzan las gentes muchas, muchas veces, á admitir como verdades probadas los infundios de los corre-ve-idiles... pero ahora no es esto. Ahora se trata de destruir un prestigio... se trata de acallar los remordimientos de conciencia... se trata de hacer que en medio del estrépito y de la algazara se olviden muchos, y no vean los demás... que el general Weyler vuelve después de haber cumplido con toda energía la misión que el Gobierno de la nación le encomendó, y que no habiendo el Gobierno actual hecho cosa alguna decisiva ni en un sentido ni en otro, es necesario que la confusión y el alboroto nos aturdan, y por tal aturdimiento, cieguen nuestros ojos, ensordezcan nuestros oídos, se turbe nuestra atención, se perturbe nuestro criterio y todo pase sin el debido examen sereno é imparcial del país... Esto es, esto es, Sancho, lo que hay.

—Yo creí que...

—Lo que yo creo que estas políticas teatrales son peligrosísimas; que vale tanto hacer esto como jugar con el fuego... Para el Gobierno, él sabrá por qué, Weyler es el coco... pero si por librarse del justo enojo del general... los fusionistas desean jaleo, expónense, primero, á que jamás halle el Gobierno español general que se atreva á servirle, y se expone á que, echando bolitas de papel al gato adormilado, despierte y juegue con la pelotilla... pero avivada su travesura, juegue después con la tajadita del gancho... y al fin saque las uñas y salte á las más empingorotadas quisicosas y clave uñas y dientes... allá, allá, allá... en lo más alto... y cataplúm... ¡Jugar con pueblo!

«Magnus impertor... fuit...»

—¡Zambomba... señor mío! ¡A fe de Sancho que vuesa merced no es el mejor para aplacarle á uno el miedo!

## LA MARINA

No ignora el lector los sacrificios que España lleva hechos con el fin de aumentar su Marina de guerra. En la ley de 22 de Abril de 1888 se aprobó un presupuesto extraordinario de 171 millones de pesetas con destino á nuevas construcciones de buques, fomento de Arsenales y obras submarinas de defensa.

De los 171 millones, según acaba de revelarnos el ministro de Marina, no queda ya sino uno, que ni para construir un mediano buque sirve. ¿En qué se ha invertido el resto? Según el mismo Sr. Bermejo no hay seis barcos útiles. No lo son los demás, ya por vicios de construcción, ya por estar armados en condiciones pésimas.

Ni están mejor, dice, los Arsenales que los buques. Se encuentran los Arsenales atestados de gentes que el servicio no exige; y el material, en su mayor parte, es también inútil por lo viejo. Hasta 6.000 obreros hay



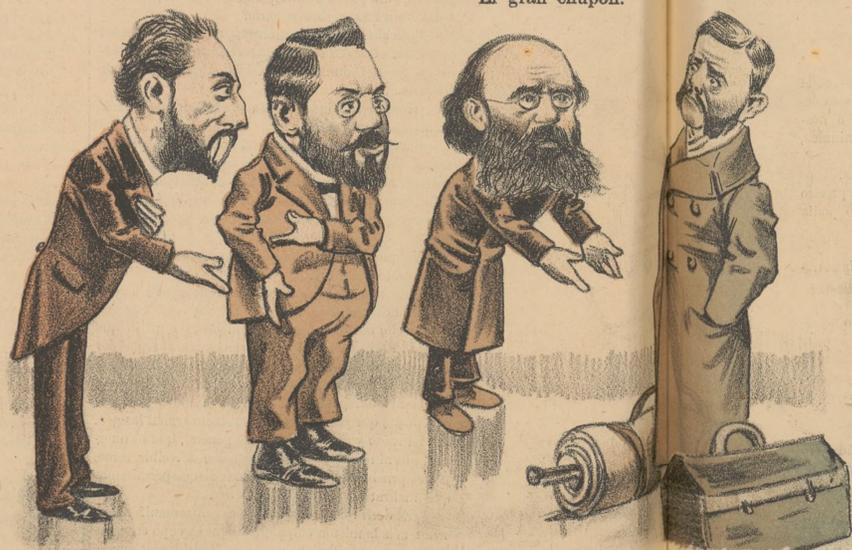
Las relaciones entre España y los Estados Unidos continúan siendo muy afectuosas.



La camisa de la Lola Silvela se la llevó, Silvela se la llevó...



El gran chupón.



—Mi general, acepte usted mi brazo.  
—Venga usted en mi compañía.  
—Yo le serviré á usted de guía.

# DON QUIJOTE



Nuestros barcos.



La cucuña.



Caballeros, ¡no hay un céntimo!



El discurso de Romero

Lit. de la Viuda de M. Domínguez, José del Valle, 99

en los pocos arsenales que tenemos; 6.000, amén del personal de Marina que les está afecto.

Sacrificios más estériles no son posibles. ¿Qué no podrán decir los contribuyentes? Habrán de ver al mismo tiempo cuán injustificadamente braveamos creyendonos capaces de conquistar el mundo. ¿Qué no hemos dicho contra el poder de los Estados Unidos? En cotejo con la suya, nuestra Armada era tan poderosa como la que llevó a Inglaterra Felipe II.

Impresionado el Gobierno por la Memoria del Ministro de Marina, no ha querido proceder desde luego a la fabricación de nuevas embarcaciones. No cuenta sino con el referido millón de pesetas, y otros dos y medio que han sobrado de los que se destinó en Puerto Rico a la construcción de un barco; y ha debido reconocerse sin fuerzas. Ni del crédito de 80 millones con cargo al impuesto de navegación ha podido echar mano. De los 80 van ya consumidos 74 por sus antecedentes.

Para emprender nuevas construcciones ha de esperar el Gobierno a que las Cortes le abran créditos, y mucho habrá de esperar, cuando, según se dice, a causa del nuevo régimen que va a establecerse en Cuba no podrá disolver las actuales Cortes ni convocar otras hasta el mes de Febrero.

Para nosotros, la verdad sea dicha, no urge construir nuevos buques. Guerras exteriores no hemos de ser tan insensatos que las provoquemos ni las ocasionemos; y para las coloniales, harto nos enseñan continuos desembarques de gentes, municiones y armas en Cuba, que los buques de nada nos sirven.

Si con los millones del presupuesto ordinario y el extraordinario no hemos podido hacer ni una modesta escuadra, ¿qué no deberíamos gastar si quisiéramos tener una que compitiera con las de las demás naciones de Europa? Y si no la hemos de conseguir tal que nos permita medirnos con las principales potencias, ¿no ha de ser verdadera locura imponer a la nación nuevos sacrificios? Pensemos, no en buques, sino en escuelas y obras públicas.

### POSITIVISMO

Es una casa de comercio el globo, sin otro principal que don Dinero y sin más mostrador que el mundo entero donde gana el andaz y pierde el bobo.

Pueden ser dependientes de este adobo la primera señora ó caballero que reuna en consorcio verdadero, con pelo de ratón, trampas de lobo.

La vejez es la caja de los años, el sepulcro un avaro prestamista y la infancia una fábrica de paños.

La mujer es un fardo de batista, el hombre un almacén de desengaños y el amor cuatro letras... á la vista.

MARCOS ZAPATA.

### MENUDENCIAS

Un sabio inglés ha descubierto ahora no sé qué singular procedimiento para que un negro se convierta en blanco, y no «en blanco de tiro», por supuesto.

En España la gente que gobierna y la gente que aspira á ser gobierno, ya sabían hacer lo que aquel sabio, y lo hacen siempre, aunque «en sentido inverso».

En negros á los blancos nos convierten, ó como negros tratánnos al menos, y si aquél sabe hacer lo negro blanco, éstos saben hacer lo blanco negro.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

### ¿QUÉ OPINA USTED DEL GENERAL WEYLER?

Nuestro activo y conocido reporter Sancho Panza (no confundirlo con *Batita*), ha solicitado la opinión de varios personajes á propósito del general Weyler.

He aquí las respuestas recogidas por nuestro compañero:

—¡Hombre, le diré á usted! Yo tengo formado muy buen concepto de Weyler (y por eso le he relevado). La gente ha dado en decir que el general está disgustado con el Gobierno. Pero yo no puedo creer semejante paparrucha. ¡Disgustado! ¿Y por qué? ¿Hemos podido hacer por él más de lo que hemos hecho?—*Sagasta*.

—No me hable usted de ese hombre, porque se me crispan los nervios. ¡Mecachis en Fabié, haber dado conocimiento al público del estado en que dejó yo la isla! ¡Eso no se lo perdono, aunque me lo pidan Azcárragas descalzos!—*Martínez Campos*.

—Pa mí que ese gachó se las trae. Y por eso hay que jalearlo y decirle en cuanto se presente ocasión: ¡Olé tres veces tu madre! Porque general más jacarandoso

que él no lo hay en el mundo. ¡Vaya un hombre con sentido y con vista!—*Romero Robledo*.

—Yo seleccionaba del generalato á ese hombre... aunque no sea sino considerando que fué amigo de Cánovas.—*Silvela*.

—¡Ah! Reconozcamos la supremacía de la fuerza, reconozcamos el poder de las armas, reconozcamos la influencia del sable, reconozcamos el valor del uniforme, reconozcamos la potencia de los... galones.—*Castelar*.

—No, no me hable usted de Weyler. Creo más en la fuerza de la política que en la fuerza de las armas. ¡Ah, la autonomía! ¡Oh, la autonomía.—*Movet*.

—Yo estoy como el alma de Garibay, si subo, si bajo. Ora dedico mis dulces pensamientos a Silvela, ora á Romero, ora á Martínez Campos, ora á Weyler. Y por eso me atengo al conocido refrán: «Al buen callar llaman Elduayen.»—*El marqués del Pazo*.

—Lo que es á mí no me *chinchá* ese hombre. ¡Porque ya verán ustedes la contramanifestación que le preparo.—*Capdepón*.

Y no va más, señores!

### QUISICOSAS

—Están los tiempos muy malos, según dicen los papeles, y huelu...

—¿Qué es lo que hueles? —Pues huelu... que va á haber palus. Y de eso me alegraré, si nun me lus dan á mí.

—¿Por qué va á haber palus, di? —Eso es lo que yo nun sé. Si adquieru alguna noticia vengu á darla.

—Bien harás.

—Y si hay palus...

—¿Qué dirás?

—¡Santiago y viva... Galicia!

\*\*

—Ayer fui pollo y hoy me hallo hecho un gallo, mas no callo.

—Eres gallo vocinglero.

—Por eso me *alzo* y no quiero que nadie levante el gallo.

—Tienes malas intenciones, y aunque alzar el gallo anhelas, no podrás...

—¿Por qué razones?

—Por no tener espolones.

—Pero cuento con espuelas.

VICENTE RUBIO.

### LANZADAS

¡Gran escándalo!

El *Heraldo* ha tenido á bien comunicarnos que las joyas con que Granada obsequió á Zorrilla en las fiestas de su coronación, se hallan empeñadas en una casa de préstamos.

Cavia dice en *El Imparcial* que esas joyas son de la nación, y que á ella toca rescatarla para que figuren en la Biblioteca Nacional ó en el Museo Arqueológico.

Conformes.

¡Y esperemos á ver si tienen un *rasgo* los «altos poderes!»

El *Correo* hace saber al respetable público que en las «altas regiones»—¡vamos, en la casa del señor marqués de Mariano, domicilio actual del Sr. Sagasta!—no hay preocupación alguna con motivo del regreso del general Weyler.

Más vale así.

Pero entonces, ¿por qué piensa ofrecerle D. Práxedes al general la capitania de Filipinas?

Según la prensa oficiosa, Mr. Woodford se muestra muy complacido por las disposiciones adoptadas últimamente en Cuba.

De modo que estamos de enhorabuena. Porque hemos quedado en que nuestra misión en la isla se reduce á tener contento á los Estados Unidos.

—¿Sin destino te han dejado?

—Me han dejado sin destino.

—¿A tí, tan buen empleado?

—Soy un empleado honrado,

pero no soy sagastino.

—¿Qué eres, pues, vamos á ver?

—Lo que soy, bien se adivina:

un cándido y pobre sér

que va siempre á la oficina

á cumplir con su deber.

Yo fui siempre á trabajar,

porque el trabajo bendigo;

y otros van sólo á firmar la nómina, y á cobrar lo que no han ganado, amigo.

—Te faltó en esta ocasión recomendación, tal vez.

—¡Esto causa indignación!

¿Qué más recomendación que mi probada honradez?

Por cumplir me sacrificio; nadie como yo se porta, y honrado...

—Cierra ese pico.

¡Padrinos te dé Dios, chico, que la honradez poco importa!

Según telegramas de Barcelona, recibidos por el ministro de la Gobernación, las autoridades de aquella capital han apresado, á bordo de un buque, procedente del puerto de Cette, varias cajas, conteniendo 3.300 fusiles.

¡Cielos! ¿Y á quién irían destinadas esas cajas? ¡Como no fueran á Romero Robledo!

Telegrama de Blanco:

«El día 7 firmé amplios indultos.»

Si, y ya se han conocido los resultados.

Los discursos de los filibusteros en París.

Y la vuelta á la manigua de Sanguily.

Digamos con el cantar:

La Habana se va á perder,  
la culpa la tienes tú...

Se ha inaugurado en la calle de Silva el nuevo Circulo carlista.

Suponemos que se jugará allí á los prohibidos.

Porque esa gente es muy aficionada al monte.

A la puerta del Gobierno  
no te acerques á llamar,  
que no ha quedado hace días  
ni una sola credencial.

Libros:

Se han publicado los folletos 22 al 27 de *Los crímenes del carlismo*, cuya lectura volvemos á recomendar á nuestros lectores.

Precio de cada folleto. 15 céntimos.

*Wagner*. Estudio interesantísimo del gran compositor por le Comte de Chambrán.

Precio, 5 francos.

Salvador Rueda, el notabilísimo poeta andaluz, ha publicado con el título de *El César* un hermosísimo poema, escrito en brillantes versos.

La nueva obra del Sr. Rueda se halla de venta en todas las librerías al precio de 2 pesetas.

### El triunfo de la inocencia.

*El juez de instrucción*.—¿Persiste usted en decir que es inocente?

*El detenido*.—Lo juro.

*Juez*.—¿No tiene usted otras pruebas?

*Detenido*.—¿Cuáles son las del juez?

*Juez*.—¡Ah! No invitamos los términos. Desde el momento en que ha sido detenido, á usted le toca demostrar que es inocente. Si nos fuera preciso á nosotros cerciorarnos de la culpabilidad de los criminales, nos faltaría tiempo aun para prenderlos.

*Detenido*.—Yo ni siquiera conocía á la víctima.

*Juez*.—Sin embargo, ha sido asesinada, y es preciso que alguien haya sido el criminal. ¿Por qué no podía usted serlo?

*Detenido*.—Toda una vida de honradez...

*Juez*.—Si; pero eso no impide un momento de extravío, y está demostrado por los forenses que ha bastado un minuto para estrangularla.

*Detenido*.—La justicia va á cometer conmigo un espantoso error judicial.

*Juez*.—Es posible; pero un día ú otro será reconocido. Lo que hay de admirable en los errores de la justicia, bella hasta en sus extravíos, es que se acaba siempre por percibirlos y corregirlos.

*Detenido*.—¿Y si me quitan la vida?

*Juez*.—Yo trataré de evitarle esa incomodidad; pero en todo caso, si después se descubriese al autor, se rehabilitaría su memoria.

*Detenido*.—Gracias, pero...

*Juez*.—Por otra parte, creo que sólo sufrirá usted una docena de años de cadena, lo que nos dará tiempo para descubrir al verdadero culpable. Si lo encuentro, yo mismo le informaré. Siéntese usted.